

¡Esta es tierra de gigantes!

Una versión diferente de los capítulos 13 y 14 de Números; Deuteronomio 1:19-46; 9:1-3; y Josué 11:21-23; 14:6-15; 15:13-17.

Hacia ya meses que los israelitas habían salido de Egipto. Habían levantado campamento en pleno desierto, en Cades-barnea. A escasos kilómetros al norte se divisaban las colinas de la Tierra Prometida. Moisés congregó a su gente y les dijo:

—Hemos llegado a la tierra que el Señor nuestro Dios nos había prometido, por lo tanto tomen posesión de ella como lo ordenó el Señor. ¡No tengan miedo!

Los ancianos de Israel no se sentían muy capaces de semejante empresa y dijeron:

—Enviemos primero a algunos hombres a explorar el país y luego, en base a sus informes, decidiremos qué rutas tomar y

los pueblos que habremos de conquistar.

A pesar de su falta de fe Dios aceptó la propuesta y le dijo a Moisés: «Escoge un principal de cada una de las doce tribus y envíalos a que exploren la tierra de Canaán.»

Moisés eligió a los espías y los envió. Convenientemente disfrazados, los doce espías exploraron todo el territorio. En el viaje de regreso se detuvieron en la ciudad montañesa de Hebrón.

—¡Miren el tamaño de esas murallas! —Exclamó uno de los espías—. ¡Se levantan casi hasta al cielo!

—Y fíjense en la gente que vive aquí —comentó otro de

ellos al ver pasar a un par de velludos gigantes.

Los gigantes volvieron la cabeza mirando con ferocidad a los hombres.

—¿De dónde salieron estos saltamontes? —rugió uno de ellos a la vez que los señalaba con su enorme lanza.

—¿Te refieres a esos ratoncillos? —dijo el otro gigante riéndose a carcajadas.

Los espías temblaban.

—¡Va... vámonos de aquí! ¡Rápido!

—No —respondió Caleb, el hombre que había sido escogido de la tribu de Judá—. Primero tenemos que averiguar todo lo posible sobre

este lugar.

Y dejando al resto de los espías, se encaminó con Josué (de la tribu de Efraím) a la ciudad desapareciendo tras las formidables fortificaciones.

Regresaron luego de varias horas de explorar la ciudad. Averiguaron que las montañas que circundaban la ciudad de Hebrón estaban habitadas por una raza de gigantes conocidos como los anaceos, todos ellos de más de tres metros de estatura, y que Hebrón era gobernada por tres gigantes y le habían cambiado el nombre por Quiriat-arba en honor al mayor de ellos, Arba.

—Será una dura lucha pero confío en que podremos tomar la ciudad —añadió Caleb.

—¿Tomar la ciudad? ¿Te has vuelto loco? —Le respondió otro de los espías—. ¡No quiero volver a poner pie en esta tierra de gigantes!

Los espías se alejaron de la ciudad y se dirigieron a un valle cerca del arroyo de Escol, donde las vides de los gigantes maduraban bajo el sol. Cortaron un racimo de tal tamaño que se necesitaron dos hombres para cargarlo, y llevaron también otras frutas de muestra para Moisés.

Cuando los espías regresaron, Moisés, Aarón y el resto del campamento corrieron a recibirlos. Los exploradores colocaron la fruta delante del pueblo y Josué dijo a Moisés:

—¡Nos adentramos en el territorio que nos señalaste donde abundan la leche y la miel, como Dios ha prometido.

El pueblo se entusiasmó con el relato. Comenzaron a hablar de conquistar la tierra hasta que los demás espías exclamaron:

—¡Pero los que la habitan son poderosos, y las fortificaciones de las ciudades son enormes! ¡Y como si fuera poco, allí viven los anaceos, una raza de temibles gigantes!

Desalentado tras el anuncio de los espías, el pueblo empezó entonces a murmurar. Caleb alzó la voz y dijo:

—¡Debemos ir y apoderarnos de ese territorio sin dudarlo un instante, porque somos capaces de hacerlo!

—¡No podemos atacarlos! —Le respondió otro de los espías—. Son mucho más poderosos que nosotros.

Luego los otros espías empezaron a difundir otros rumores desalentadores acerca de la tierra, afirmando que ésta se tragaba a sus moradores y que sus habitantes eran tan enormes que hacían ver a los espías como saltamontes.

Tan pronto escuchó esto, el pueblo entero comenzó a lamentarse y a dar voces

quejándose de Moisés y Aarón.

—¿Por qué nos trajo el Señor a esta tierra para morir por la espada? Apresarán a nuestras esposas e hijos. Designemos un capitán y volvámonos a Egipto. ¡Mejor hubiera sido morir en Egipto!

Otros gritaban:

—¡Incluso perecer aquí en el desierto sería preferible!

Enfrentándose a la congregación Josué y Caleb llenos de ira se rasgaron las vestiduras y exclamaron:

—¡La tierra que hemos explorado es en gran manera buena! Si agradamos al Señor, Él nos guiará a ella y nos la entregará. Pero no se rebelen contra el Señor. No tengan miedo de los habitantes de esa tierra, porque los destruiremos completamente. ¡El Señor nos ampara, y a ellos les ha quitado Su protección!

—¡Apedrénlos! —Exclamó el pueblo—. Pretenden conducirnos al peligro.

¡Deténgalos, apedrénlos!

El pueblo entero había dejado de confiar en Dios. De pronto, la gloria del Señor apareció en la tienda del Tabernáculo, y Dios dijo a Moisés: «¿Hasta cuándo se negará este pueblo a confiar en Mí a pesar de todos los milagros que he hecho en medio de ellos?

»¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo que duda y se queja contra Mí? ¡He oído las voces que levantan contra Mí! Por lo tanto, díles: El Señor dice, que tan ciertamente como Yo vivo, haré las cosas que les he escuchado decir y caerán en este desierto. ¡Nadie mayor de veinte años que haya murmurado contra Mí entrará en la Tierra Prometida!

»Pero Mi siervo Caleb ha dado muestra de un espíritu diferente y me ha seguido de todo corazón. A él llevaré a la tierra y sus descendientes la heredarán. ¡Y Josué guiará al pueblo de Israel a recibir esa herencia!

»En cuanto a vuestros hijos, aquellos de los que ustedes afirmaron que serían apresados, a ellos les daré la tierra para que la posean. ¡Gozarán de la tierra que ustedes despreciaron! Pero vuestros cuerpos caerán en el desierto. Sufrirán durante cuarenta años por no haber confiado en Mí, ¡y vagarán por el desierto hasta que el último haya muerto! Ahora, dense vuelta y regresen al desierto.»

Luego el Señor aniquiló a los diez espías que habían propagado informes desalentadores por medio de una plaga. Únicamente Josué y Caleb fueron perdonados.

Todo el campamento lloró e imploró a Dios, pero Moisés les dijo que era demasiado tarde. Algunos incluso trataron de ingresar a la tierra de los amalequitas, pero Dios ya no estaba con ellos y fueron derrotados. Por lo tanto regresaron al

desierto y reiniciaron su largo y lento peregrinaje.

* * *

Transcurrieron los cuarenta años hasta que hubo muerto el último de los miembros de la generación mayor. Moisés, ya anciano y a punto de morir, se dirigió a la nueva generación de israelitas: «¡Pueblo de Israel, escuchen! ¡Muy pronto habrán de entrar y conquistar pueblos más poderosos que ustedes, grandes ciudades y enormes fortificaciones que se levantan hasta los cielos! ¡Conquistarán a los anaceos que son grandes y poderosos! ¡El Señor su Dios irá delante de ustedes! ¡Él los humillará a ellos ante sus ojos y los destruirá tal como ha prometido!»

Después de la muerte de Moisés, Josué marchó valientemente al mando de las huestes de Israel y al poco tiempo conquistó extensos territorios de la

Tierra Prometida. Mientras dividían las tierras entre las doce tribus, Caleb se acercó a Josué y le dijo: «¿Recuerdas lo que el Señor dijo a Moisés acerca de ti y de mí en Cades-Barnea? Yo tenía cuarenta años cuando Moisés me envió a explorar el territorio y regresé con un informe positivo. Debido a eso Moisés me juró ese mismo día: “Las tierras donde pongas pie serán herencia tuya para siempre porque has obedecido al Señor de todo corazón”.»

Lanza en mano, el anciano de cabellos blancos agregó: «Desde entonces el Señor me ha mantenido vivo durante cuarenta y cinco años. Ya tengo ochenta y cinco pero me siento tan fuerte como entonces para la batalla. Concédeme el país montañoso de

Hebrón que el Señor me prometió. ¡Allí habitan los gigantes y sus ciudades son grandes y fortificadas pero con la ayuda de Dios las conquistaré!»

Josué le otorgó Hebrón a Caleb como parte de su herencia. Caleb, a la cabeza de sus hombres, marchó rumbo a las montañas lleno de un arrojo inspirado por el Señor. En la siguiente batalla, Caleb a los ochenta y cinco años derrotó a los ejércitos de los gigantes y se apoderó de su ciudad. De allí marchó contra los gigantes de la cercana Debir y su sobrino, el joven Otoniel los atacó y derrotó. Los ejércitos de Josué destruyeron al resto de los anaceos que habitaban ese país montañoso y no quedó un solo gigante en la tierra de Israel.

Veáse «Héroes de la Biblia: Caleb» para mayor información sobre este fascinante personaje bíblico.